



SANTIAGO TLALTELOLCO

I.

Los colegiales.

Mientras las ruinas de que está sembrado el suelo de Tlalteolco, ministran un nuevo ejemplo de la inestabilidad de las cosas humanas, los árboles, siempre verdes y gallardos que en grupos ó en hileras le cubren por varias partes, son la prueba más cumplida de que sólo la naturaleza es grande en sus obras.

Ahí está ese barrio cuyos edificios compitieron en belleza con los de la famosa Tenochtitlán: ahora son escombros, ó, en su lugar, se asientan chozas miserables, paredones informes y de aspecto adusto, cercas de color gris á cuya puerta suele asomar una mujer, con el hambre pinta-

da en el rostro, vestida de harapos y con aire receloso.

¡Y tanta desolación, tanta miseria, bajo el hermoso cielo de México! ¡Tal decadencia, tal abandono, mientras las orillas de las acequias se ven cubiertas de una vegetación secular! ¿Por qué no siempre imita el hombre los procederes de la naturaleza? ¿Cómo sufre indolente que la carcoma de los siglos destruya, pulverice sus obras más queridas, mientras sostiene aquélla las suyas con un continuo alimento?

Tlaltelolco fué, en otro tiempo, un barrio ilustre de la capital, mejor dicho, Tlaltelolco y Tenochtitlán eran dos ciudades gemelas que dormían en un mismo lecho, lecho de grama y flores, en medio de los apacibles arrullos de la laguna. Al presenté, mientras la segunda es una reina en todo el esplendor y majestad de su gloria, la primera es una esclava infeliz que va muriendo de consunción y de sed. . . . ¡sí, de sed!

¡Los moradores de Santiago carecen de agua potable, ó á lo menos, de la suficiente para cubrir sus necesidades con desahogo, y esta es la principal causa de la despoblación de esta parte interesante de México! Pero, ¿cómo es que en este suelo clásico, aún no se han abierto mu-

chos pozos artesianos, si es que el mal no puede remediarse de otra manera?

Echando mano de este arbitrio, pronto veríamos renacer de sus cenizas un barrio que alcanzó tanta prosperidad en siglos anteriores, y donde ahora hacen manida la desolación y la miseria; veríamos poblarse de esmerados y risueños jardines esos eriales que le atraviesan en todas direcciones, cubiertos de eflorescencias salinas, y levantarse edificios decentes en los mismos sitios donde el observador halla con disgusto paredes carcomidas ó montones de escombros.

Y con todo, ese esqueleto de ciudad, observado desde un punto limítrofe, tiene un imán irresistible, un hechizo poderoso.

Estamos colocados cerca de la estación principal del camino de hierro.

Apartemos la vista de esa vasta llanura en que sobresalen algunas casas irregularmente situadas como peñascos erráticos en un desierto, y fijémosla en las hileras de árboles del Perú que orlan las acequias, ó en los fresnos y sauces que se levantan formando grupos en los patios de uno que otro edificio excepcional. Sobre todo, procuremos abarcar con una ojeada el cuadro que se presenta hacia el Norte.

Engalanado con nubes de una blancura de cisne y contrastando suavemente con

ellas su azul claro y luminoso, se ostenta el cielo como una inmensa cortina que sirve de fondo á la cadena pintoresca del Tepeyácac: entre los cerros que la componen, dos hay que llaman la atención, de un modo especial, y son, el que, situado á la izquierda, se alza gentil con su figura cónica y vistosa como el juguete de un titán, y otro de aspecto severo que se presenta á la derecha, hacia el remate oriental de la misma cadena, á cuya falda se vé Guadalupe Hidalgo, como engastada, ó más bien, como un bajo relieve de ciudad.

Recorriendo después el espacio que media entre esa población y Tlaltelolco, se percibe claramente la calzada nueva, donde ahora se asienta el ferrocarril, á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nosotros, descuellan de trecho en trecho unos altares aislados, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco: son quince y están dedicados á los misterios del rosario, que en otro tiempo se rezaba caminando á pie desde México al Santuario, y haciendo parada delante de cada altar, para ofrecer el misterio correspondiente.

Empezóse á construir esa calzada el 17 de Diciembre de 1675, y se estrenó en 14 de Agosto del siguiente año, siendo costeadada por el fiscal Don Francisco Mar-

molejo y el Dr. Don Isidro de Sariñana: corre paralelamente á la antigua, que fué obra de los reyes aztecas, y cuya reparación se hizo después, según hemos dicho, en tiempo del Virrey Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros, bajo la dirección del P. Torquemada, que era á la sazón guardián del convento de Tlaltelolco.

Esta calzada antigua se hace visible desde lejos, por los árboles sombríos, chopos, álamos y fresnos, que, formando dos líneas poco interrumpidas, la limitan de uno y otro lado, y componen una avenida enorme que se extiende en la llanura, cubierta de césped, como una serpiente gigantesca.

Más acá se vé, sobresaliendo de entre las casas contiguas, el hermoso edificio impropiaamente llamado "la garita," y no lejos de él, la plaza de Santiago y el Técpán, casa de educación para la niñez desvalida, que merece las atenciones del Gobierno, de nuestros potentados, y de todo el que aspire á unir su nombre al recuerdo de una obra meritoria. En frente, y á la izquierda, está el convento de Santiago Tlaltelolco.

Ahí le tenéis, descollando sobre un conjunto informe de casas edificadas posteriormente, parásitas del monumento, y que sin embargo de ser bien altas, no

pueden privarle enteramente del efecto agradable que produce la gallardía de su figura. Señoréalas á todas graciosamente, la Iglesia, ostentando la serie horizontal de sus bóvedas, llamadas hornacinas, y sus dos torres, incompleta la una, y la otra delgada, esbelta y aérea, como un alminar.

Hay en México iglesias de mayores dimensiones y de formas indudablemente más correctas y elegantes; pero ninguna, sin exceptuar las de Loreto y San Fernando, que por su situación, por los edificios que las rodean, por los árboles cercanos, y por mil otros accidentes que sería prolijo enumerar, ofrezca á la vista una imagen más bella y atractiva que la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Y si á esto se agrega el caudal de memorias que atesora, el prestigio infinito que en la mente ejerce la historia, no ya tan sólo del monumento, sino del sitio donde se asienta, tendremos suficiente disculpa en dejar una tarde los placeres con que embriaga al alma la moderna Tenochtitlán, y enderezar los pasos al antiguo reino de Quaquaupitzahua, para pensar y meditar en medio de ese vasto cementerio de generaciones y en presencia de un templo que guarda los secretos de más de dos centurias.

Desde luego, nos sale al encuentro, do-

minando todos nuestros recuerdos, una imagen risueña, inocente, majestuosa; la representación de la escena tierna y solemne con que se inauguró el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, destinado á la instrucción superior de niños indios.

Gobernaba en México el primer virrey, el benemérito Don Antonio de Mendoza, á quien todos llamaban el padre de los indios, y era una mañana en que la ciudad aguardaba con ansia la salida de una procesión que había de seguir á la magnífica función que se estaba celebrando en San Francisco.

La población toda se agolpaba á las calles que conducen desde la plazuela de Guardiola hasta la gran plaza de Santiago, saboreando en la imaginación un espectáculo que se creía con razón fuese de los mejores de su especie, y que no se hizo esperar mucho tiempo.

En efecto, á una hora en que el calor del sol no era todavía molesto, se oyó un repique en la iglesia de San Francisco, que anunciaba el fin de la misa, y poco después se vió desfilarse la procesión.

Figuraban en ella, además de las autoridades subalternas, civiles y eclesiásticas, el virrey, el Ilmo. señor Zumárraga y el Obispo de Santo Domingo, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que había sido presidente de la segunda audiencia

de México. Pero lo que más llamaba la atención eran unos cien indios niños, que en dos filas caminaban con la mayor compostura por delante de la comunidad de franciscanos, que aún era poco numerosa, y de los personajes antes mencionados: eran estos niños, hijos de los caciques ó principales señores de los pueblos y provincias de la entonces Nueva-España; y sus deudos los veían pasar en aquellos instantes, por la carrera de la procesión, con un gozo que solía acibarar la tristeza al pensar que, si bien los habían traído para que se educaran, iban en breve á dejarlos al cuidado de manos extrañas, mientras ausentes ellos en su domicilio respectivo, desearían en vano prodigarles las atenciones que sólo se hallan en el seno de la familia.

Maş á pesar de esta consideración, que en ciertos momentos se les presentaba con tintas muy sombrías, ellos eran los primeros en mostrarse satisfechos de la benevolencia con que se trataba á los educandos, y para acreditarlo del modo más explícito, hacían que sus sirvientes fueran delante de la procesión, esparciendo flores y yerbas olorosas.

Poniendo las plantas en esta alfombra natural, llegó al fin toda la concurrencia al gran patio ó cementerio de la iglesia de Santiago, que no era la que hoy está.

en pié, como después diremos; y luego que entró en ella, predicó un sermón el P. Fr. Alonso de Herrera, habiendo hecho antes lo mismo en San Francisco, el Dr. Cervantes.

De allí pasaron los colegiales, presididos del virrey, los obispos y los religiosos, al refectorio del convento, donde se les tenía preparada la comida, la cual costeó el señor Zumárraga; y mientras la tomaban unos y otros, escucharon un nuevo sermón, predicado por el P. Fr. Pedro de Rivera. Este discurso sirvió, según dice Vetancurt, de "inicio" ó entrada á los estudios.

Al día siguiente nos encontramos á la juventud asistiendo á sus cátedras; y pasados algunos lustros, la contemplamos iniciada en las buenas letras y en casi todas las ciencias útiles, como la gramática, la filosofía, la medicina, y aun en las artes de mero adorno, como la música. ¡Llor eterno á los primeros que difundieron la luz del saber en nuestro suelo! La gloria ha escrito sus nombres en los fastos de México, y estos nombres jamás se borrarán, porque los guarda contra las injurias del tiempo y del olvido, la gratitud que profesa todo pecho honrado al hombre que emplea el poder en beneficio de sus semejantes. Si todos los virreyes que sucedieron á Don Antonio

de Mendoza, hubieran imitado el hermoso ejemplo que les dejó, y si las virtudes de los primeros religiosos que evangelizaron á nuestro pueblo, hubieran resplandecido en los que les siguieron, no cabe duda que la mano que por tres siglos gobernó la Colonia, sería hoy objeto de nuestras bendiciones, y que la nación toda, y mayormente la raza indígena, le deberían un bienestar y una ilustración que distan mucho de poseer. Mas por desgracia, pronto se cansa el hombre de seguir el sendero del bien: apenas da los primeros pasos, cuando retrocede; y no sin razón ha sido considerada como una de las virtudes más difíciles, la perseverancia

II

El Colegio de Santa Cruz.

Personas hay imbuídas en la creencia de que la iglesia de Santiago Tlaltelolco fué la primera que se edificó en México. Fúndanse tal vez en una tradición, según la cual, fué levantada la iglesia primitiva de la capital, en el mismo sitio que ocupaba el templo mayor de los aztecas, dedicado á Huitzilopochtli, que, como dice Villaseñor en su "Teatro Americano," se

asentaba en el barrio de los tlaltelolcas; por lo que el aserto de este autor ha servido para corroborar aquella creencia.

Pero lo cierto en este punto, es, que por los datos que ministran historiadores más antiguos, y á quienes se supone mejor informados, se puede con exactitud fijar el asiento del templo del Marte mexicano, en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, primera de Santo Domingo, de Cordobanes, parte de la de Montealegre, de Santa Teresa, del Arzobispado, y por la línea que corre desde esta última, atravesando el atrio de la Catedral hasta tocar con la primera.

Así que, en el supuesto de que la primitiva iglesia de México haya sido edificada en el sitio que ocupó el templo de Huitzilopochtli, esa iglesia no pudo ser la de Tlaltelolco, sino la de que habla Vetancurt al designar el sitio del primer convento de franciscanos. Pero hay más todavía.

Sigüenza y Góngora, citado por Cabre-ra, asegura que la primera iglesia de que vamos tratando, fué la que se levantó en el cementerio de la Catedral, destinada á Parroquia, y dedicada al apóstol Santiago, con cuyo nombre fué conocida: esta iglesia vino á tierra cuando se empezó á construir otra de mayores dimensiones,

también Parroquia, que se llamó de Nuestra Señora, y fué erigida en Catedral por el Papa Clemente VII, la cual desapareció asimismo luego que estuvo muy adelantada la obra de la Catedral actual.

Pero Santiago era y es el patrón de las Españas; "¡Santiago y tierra España!" fué siempre el grito de guerra de los hijos del Cid y de Pelayo; y creían firmemente que á las batallas que dieron por resultado la conquista de nuestro país, cooperó el apóstol, como lo había hecho antes peleando, caballero, contra los moros: durante el sitio de México, se le vió, según afirma el buen Cabrera, acompañando á la Virgen de los Remedios, que apretaba los puños, llenos de tierra, para arrojarla después á los ojos de los mexicanos. Hé aquí por qué, en debido homenaje de agradecimiento, dedicaron los conquistadores la primera iglesia de la capital á su protector Santiago. Y una vez derribada, ¿era posible dejar de edificarle otra, para perpetuar sus cultos?

No, en verdad, y esta obligación, impuesta por un sentimiento respetable en sí mismo, fué probablemente la que dió origen á la iglesia y convento de Santiago Tlaltelolco.

Sea de ello lo que fuere, es positivo que esta iglesia y convento se edificaron desde los primeros años que siguieron al

establecimiento de los españoles en Anáhuac, y poco tiempo después de la fundación del monasterio de San Francisco. Que desde entonces la iglesia de Tlaltelolco fué Parroquia, es un hecho que tampoco puede ponerse en duda, si se atiende á que el Cura de San José de Naturales no podía cuidar más que de sus feligreses de Tenochtitlán.

Pero hácia ese mismo tiempo acaecían dos hechos dignos de notarse. Mientras esclavizaban á los indios los bárbaros conquistadores; mientras les negaban la racionalidad, y por lo mismo, la capacidad para ser iniciados en la doctrina del cristianismo; y mientras sostenían unos que era inútil enseñarles las ciencias, conceptuándolos de muy limitado entendimiento, y otros que no era conveniente ilustrarlos, por temor de que se rebelaran contra el gobierno, Fr. Pedro de Gante tenía su famosa escuela de artes, en el sitio donde está ahora el colegio de Letrán, y en el convento de San Francisco, haciéndose sordos los religiosos á los clamores de la ignorancia y la codicia, instruían á la juventud indígena en el idioma latino.

Daba impulso á estas tareas, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, hombre benéfico y amante de los adelantos en la ciencia, ordenando á los franciscanos que

insistiesen en la enseñanza de los naturales, para descubrir la aptitud de éstos y confundir á los que los detractaban; y correspondiendo aquéllos á este afán, lograron que sus discípulos llegaran á ser aventajados latinos.

Justo es mencionar al catedrático que más descolló por sus buenas prendas, en la enseñanza de este ramo de los conocimientos humanos, y fué el P. Fr. Arnaldo de Bassac, ó Bassacio, como entonces se le llamaba, latinizando, ó más bien, castellanizando su apellido transpirenaico. Francés de nación, hijo de una familia ignorada, como las de la mayor parte de los religiosos de aquel tiempo: persona de talento no común, cuya juventud pasó inadvertida de la historia, todo lo que de él sabemos es, que siendo profesó en uno de los conventos de la provincia de Aquitania, vino en el año de 1530 á la del Santo Evangelio de México. Aprendió con suma brevedad la lengua azteca, y llegó á hablarla con tal facilidad y corrección, que admiraba á los mismos indígenas; siendo, por estas prendas, así como por sus buenas costumbres, uno de los que más cautivaban los corazones, desde el púlpito. Consagrado á los ejercicios de la penitencia, vivía en la mayor estrechez, siendo muy severo consigo mismo, aunque afable y complaciente con

los demás. El fué quien en Cuautitlán enseñó, antes que otro ninguno, la música, y puso capilla de cantores. Murió en el convento de Tulancingo, donde fué sepultado su cuerpo.

Pero no obstante el empeño de este y otros religiosos de su orden, porque los educandos aprovechasen en los estudios, todavía se echaba menos alguna más formalidad en la enseñanza, un lugar más á propósito para el recogimiento y la concentración de las facultades intelectuales, circunstancias que tanto ayudan á la sólida instrucción, y sobre todo, una renta fija para el sustento de estudiantes pobres.

A estas necesidades proveyó de remedio la munificencia del primer virrey, fundando el colegio de Santa Cruz en el convento de Santiago Tlaltelolco.

Para dotarlo competentemente, impuso capitales á censo en varias fincas urbanas, y le hizo donación de una hacienda que poseía en el Cazadero. Llámase así el campo que se extiende entre el pueblo de Jilotepec y el de San Juan del Río, y se le aplicó este nombre, á causa de la montería que para dar gusto al mismo virrey Don Antonio de Mendoza, hicieron allí más de quince mil indios, al modo que las hacían sus antepasados, esto es, situándose como un muro viviente,

que abrazaba un círculo de algunas leguas, y estrechándose á medida que se acercaban al centro, donde se juntaba una muchedumbre de animales de caza, que asustaban ellos al andar, y mataban en seguida.

Procuróse, en cuanto fué dable, que la vivienda de los alumnos tuviese las mayores comodidades. Comían juntos en rectorio, y dormían en una gran sala común, que llamaban dormitorio de monjas, donde cada cual tenía su lecho, compuesto de tarima, frazada y estera ó petate. Para guardar los libros y la ropa, poseía también cada una su cajueta con llave. El tenor de vida que observaban era, según la describe Torquemada, semi-monástica. "A prima noche decían los maitines de Nuestra Señora, y las horas á su tiempo, y en las fiestas cantaban el "Te Deum laudamus." En tañendo á prima, los frailes (que es luego, en amaneciendo) se levantaban, y todos juntos en procesión, venían á la iglesia, vestidos con sus ropas, y dichas las horas de Nuestra Señora, en un coro bajo que hay en la iglesia, oían una misa, y de allí se volvían al colegio á oír sus lecciones. En las fiestas, se hallaban en la misa mayor, y la oficiaban."

Siendo esto así, las lecciones que con algún fruto empezaron á recibir los niños mexicanos en el convento de San

Francisco, vinieron á continuarlas á Santiago Tlaltelolco en un colegio en toda regla, y bajo la dirección de eclesiásticos instruidos y virtuosos, habiendo podido todavía asociarse á esta obra meritoria, el P. Fr. Arnaldo de Bassac, que siguió enseñando gramática latina.

III.

Iglesias primitivas.—Estudiantes célebres.

Se extrañará hoy día, no hallar en la iglesia el coro bajo de que nos habla el P. Torquemada; pero hay que saber que la existente es la tercera de las que se han edificado en el mismo sitio.

La primitiva iglesia de Tlaltelolco fué propiamente una capilla ú oratorio, sobre la cual estaban las viviendas de los religiosos. Hízose después otra más capaz, por los años de 1543, que era de tres naves, según Motolinía, y en la que sin duda estaba el coro bajo de que se ha hablado. Ultimamente se erigió la que hoy existe, debida al sudor de los indios, que trabajaron en la fábrica con la mayor alegría, y sin salario alguno. Dirigió la obra como perito, el P. Torquemada, según

nos informa en el prólogo de su "Monarquía Indiana," y puso mano en ella también el P. Fr. Juan Bautista, guardián que fué del mismo convento, autor de muchos escritos celebrados, y al cual llamaban en su tiempo el Cicerón de la lengua mexicana. Costó este deífcio más de noventa mil pesos, y se dedicó en el año de 1609.

Mas no perdamos de vista el colegio.

La obra del virrey Don Antonio de Mendoza, fué dignamente continuada por el sucesor de tan noble caballero, Don Luis de Velasco, el cual, informado de que las rentas del establecimiento no eran ya bastantes para sustentar á los colegiales, cuyo número habia crecido, lo puso en conocimiento del emperador, obteniendo por este medio la autorización competente para aumentarlas cada año con doscientos ducados, tomados del real erario.

En cambio de este corto sacrificio por parte del Gobierno, creció lozana la tierna planta de Tlaltelolco, y no defraudó las esperanzas de los que con tanto anhelo la cultivaron al principio; aquellos niños de color obscuro y de tímido mirar, á quienes conceptuaban idiotas los orgullosos castellanos, llegaron á ser, en breve, jóvenes provechosos á la patria, sirviéndole con sus conocimientos, ora

ayudando á escribir las obras que debemos á la pluma de los primeros franciscanos, ora desempeñando cátedras en el mismo colegio donde fueron alumnos, y ora, en fin, ocupando con honra los puestos públicos á que, según su condición, eran llamados.

Sin acudir á muchos ejemplos, sólo citaremos á dos de esos jóvenes, Hernando de Rivas y Don Antonio Valeriano. Fué el primero, natural de Texcoco, y grandemente perito en idioma latino, tanto, que con la mayor facilidad traducía en castellano y mexicano cualquier escrito en latín, atendiendo más al sentido que á la letra. Ayudó al P. Fr. Alonso de Molina, en la composición del vocabulario de la lengua mexicana, y á Fr. Juan de Gona, en la del libro, escrito en la misma lengua, titulado: "Coloquios de la paz y tranquilidad del alma." Murió en el año de 1597.

Don Antonio Valeriano, natural de Atzacapotzalco, fué varón señalado en conocimientos de latinidad y filosofía, y sucedió en las cátedras á los que habían sido sus maestros. Después de algunos años de profesorado, fué electo gobernador de la parcialidad de San Juan, y desempeñó el cargo por más de treinta y cinco años, con grande aceptación de los virreyes y edificación de los españoles, co-

mo dice Fr. Juan de Torquemada, que fué su discípulo en la lengua mexicana. Voló su fama hasta la Península, y el rey le dirigió una carta en que elogia su talento y se le muestra muy complacido por la conducta que observaba. Murió en el año de 1605, y á su entierro, que fué en la capilla de San José de Naturales, asistió un concurso numeroso, así de indios como de españoles, entre los cuales se hallaron presentes los colegiales de Tlaltelolco, por haber sido el finado su catedrático, según dijimos. Refiérese que dejó varios escritos, tanto en latín, como traducidos del mexicano en español, entre otros, una traducción de Caton, "cosa cierto muy para estimar," como se expresa el historiador antes citado. Suponemos que el Caton de que se trata es Dionisio, que floreció en el siglo tercero de nuestra éra, y que escribió los cuatro libros de "Dísticos morales."

El ejemplo de estos dos indios eminentes, cuyo saber y pureza de costumbres encarecen los historiadores de aquel tiempo, pudo haber sido bastante para convencer á los incrédulos, de que los hijos del país no sólo eran capaces de aprender las ciencias, sino susceptibles de la más esmerada educación literaria; pero hubo, además, hechos ruidosos, que acreditan haber sido menester adquirir ese

convencimiento mediante sacrificios de amor propio, y de ellos referiremos uno muy celebrado en las crónicas.

Fué el caso, que un clérigo recién venido de España, de los que recitaban sin saber, una regla de gramática, como había muchos en aquella época, no pudiendo creer que los indios sabían la doctrina cristiana, ni mucho menos el idioma latino, acertó á pasar un día por Tlaltelolco, á tiempo que salían del aula los estudiantes, y acercándose á uno de ellos, ignorando que lo era, le preguntó si sabía el "Pater Noster."

—Sí, padre, contestó el indio.

—Pues bien, dílo.

El estudiante lo recitó á satisfacción del clérigo; pero insistiendo este en su tema, añadió:

—Ahora dí el Credo.

Obedeció el examinado, y comenzó á decirlo en latín; mas al llegar á las palabras "Natus ex Maria Virgine," replicó su interlocutor:

—"Natus" no es bien dicho, sino "Nato"... sí, "Nato ex Maria Virgine."

—No, padre, "Natus" es lo que pide la gramática.

—¡Cómo! No puede ser....

—"Reverende pater," dijo entonces el colegial, queriendo traer á su adversario

al terreno de la gramática, "Nato, cujus casus est?"

El reverendo, que ni siquiera entendió la pregunta, confuso y sin saber qué responder, tartamudeó una respuesta, que todo pudo ser, menos congruente, y se despidió del indio, con el rostro encendido de vergüenza.

IV.

Los rectores del Colegio.

Hemos consagrado un recuerdo á los alumnos, y justo es que no nos olvidemos de los maestros.

Ya hemos hecho mención en otra parte, de Fr. Maturino Gilberti, que escribió un tratado de gramática latina para los estudiantes de Tlaltelolco, y del P. Fr. Andrés de Olmos, aunque respecto de este religioso no hemos indicado todavía la parte que tuvo en la enseñanza de los colegiales, que fué grande: baste decir, que durante el tiempo que residió en la capital, antes de partir á misionar entre infieles y mientras se dedicaba á las lenguas mexicana, huasteca y totonaca, que llegó á poseer con perfección, tuvo á cargo la cátedra de latinidad con

gran aceptación de sus prelados y provecho de los estudiantes.

No menos benéfico á estos fue el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Este insigne religioso, natural de un lugar de España, que tiene por nombre su apellido, hizo sus estudios en Salamanca y tomó el hábito en el convento de aquella ciudad.

Pasó á México en 1529 con Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y desde luego se hizo estimar por sus raras prendas habiendo merecido no sólo la benevolencia de sus hermanos, sino lo que entonces se consideraba como un bien excelso, la amistad y frecuente trato con el V. Fr. Martín de Valencia. Fué guardián varias veces; pero su amor al estudio le obligó después á renunciar ese cargo y á pretender el de lector en el colegio de Santa Cruz, que consiguió sin dificultad conocida como era de los superiores su aptitud para la enseñanza.

Ya desde la fundación del establecimiento habla sido nombrado catedrático juntamente con el doctísimo Fr. Juan de Gaona, y así entonces, como después sobresalió por su amor á la juventud mexicana, á quien con la mayor paciencia hizo aprender á leer y escribir, ex-

tendiendo asimismo su cuidado á instruir la en la música. Pero el ramo que principalmente enseñó, fué la gramática, así como su compañero, la retórica y la filosofía.

Frutos de su talento y laboriosas investigaciones fueron varias obras de que hablan con elogio los cronistas, entre otras, "el arte de gramática mexicana, Sermones para todo el año," en mexicano, "Comentarios al Evangelio, para las misas solemnes del día de precepto, la Historia de los primeros pobladores franciscanos en México, Escuela Espiritual," que fué, según se dice, la primera obra que se imprimió en México, en la imprenta que trajo de España Hernán Cortés, y el "Diccionario trilingüe de español, latin y mexicano," que tuvo en las manos el P. Vetancurt, y que ignoramos si habrá llegado á las de la posteridad.

Pero ninguna de sus producciones ha sido en nuestros días tan celebrada como la "Historia general de las cosas de Nueva-España," y ninguna ciertamente que más merezca serlo, así por su gran mérito y las circunstancias de su formación, como por la mala suerte que corrió en su tiempo, la cual influyó notoriamente para que permaneciese inédita hasta nuestro siglo.

Esta obra fué dividida por el autor en doce libros, de los cuales el duodécimo trata de la conquista de México. Como lo indica su título, abraza una materia importante y muy extensa, que hasta la fecha en que se propuso estudiarla nuestro fraile, había sido vista por sus hermanos con descuido ó por lo menos, con bien poca afición. El le consagró los afanes de la mitad de su vida. En cuanto á los motivos que lo obligaron á tomar la pluma y los medios de que se valió para salir airoso de la empresa con que el tino y escrupulosidad á que era tan inclinado, nadie mejor que él puede informarnos; y así para ese objeto como para dar una muestra de su estilo á quien no le conozca, trasuntaremos la parte conducente del prólogo que puso al principio del libro segundo. Hé aquí cómo se expresa:

"Como en otros prólogos de esta obra he dicho, á mí me fué mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mejicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana

una minuta ó memoria de todas las materias que habla de tratar, que fué lo que está escrito en los doce libros y la postilla (comentario) y cánticos, la cual se puso de primera tijera en el pueblo de Tepeapulco, que es de la provincia de Colhuacán ó Texcoco: hízose de esta manera. En el dicho pueblo, hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba Don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en las cosas curiales, bélicas y políticas, y aún idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendía hacer, y pediles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar, respondieron que se hablarían acerca de lo propuesto, que otro día me responderían, y así se despidieron de mí. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho con muy solemne parlamento, como ellos entonces lo solían hacer, que así lo usaban, señaláronme hasta diez ó doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban también allí hasta cuatro latinos, á los cuales yo pocos años antes había enseñado la gramática en el Colegio de San-

ta Cruz en el Tlaltelolco. Con estos principales y gramáticos también principales, platiqué muchos días cerca de dos (siguiendo el orden de la minuta que yo tenía hecha). Todas las cosas que conferimos me las dieron por pintura, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban; los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún ahora estos originales. También en este tiempo dicté la postilla y los cantares; escribiéronle los latinos en el mismo pueblo de Tepepulco. Cuando fué al capítulo donde cumplió su hebdómada el padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepepulco llevando todas mis escrituras: fuí á morar á Santiago de Tlaltelolco; allí juntando los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las que de Tepepulco traía escritas. El Gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho ó diez principales escogidos entre todos muy hábiles en su lengua, y en las cosas de sus antiguallas; con los cuales, y con cuatro ó cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más encerra-

dos en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeapulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruin letra, porque se escribió con mucha prisa. En este escrutio ó exámen, el que más trabajó de todos los colegiales, fué Martín Jacobita, que entonces era rector del colegio, vecino de Tlaltelolco, del barrio de Santa Ana. Habiendo hecho lo dicho en el Tlaltelolco, vine á morar á San Francisco de México, con todas mis escrituras donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné en enmendar, y dividilas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos. Después de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, y general de México el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros, y se enmendó y sacó en blanco la postilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mexicana, con un vocabulario apéndiz, y los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco; de manera, que el primer cedazo por donde mis obras se pasaron, fueron los de Tepeapulco, el segundo, los de Tlaltelolco, el tercero los de Mé-

xico, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales.”

Llamaron muchos á esta obra cuando se estaba formando, “Calepino,” figurándose acaso que lo que en ella trataba principalmente el autor era, dar á conocer la lengua mexicana, que conocía perfectamente, al modo que lo hizo aquel polígloto con respecto á la romana. A pesar de que la naturaleza del libro de que hablamos no corresponde á esta creencia, puede él considerarse como el tesoro más copioso de las voces y locuciones propias y elegantes del mexicano, siendo aún por solo este título de una utilidad y excelencia indisputables.

Pues bien, Sahagun tuvo el sentimiento de ver que su trabajo era tenido en poco, ó más bien, que se le reputaba peligroso y aún nocivo á los naturales del país. Creyóse erradamente que un escrito en que aparecía la relación fiel y por extenso de los dogmas y ritos de la idolatría azteca, podría hacer infructuosas las tareas de los misioneros enderezadas á desarraigar la superstición y á sembrar la semilla del cristianismo en el entendimiento de los mexicanos, sin reparar en el sabio historiador se encargó en el mismo libro de impugnar

aquellos dogmas absurdos y ritos sanguinarios, presentando así el antidoto al lado del veneno.

La obra fué, pues, acogida con desfavor por parte de los religiosos, y so pretexto de que el traslado de los manuscritos que Sahagun había acopiado, era un gasto exorbitante para el convento, quedó aquella á medio concluir y arrinconada por espacio de más de cinco años.

En este tiempo hizo el autor un sumario de toda ella, que llevaron consigo á España los padres fray Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta, el cual fué á dar á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias. Este sujeto hizo de él toda la estimación que merecía, y por encargo suyo luego que vino de comisario general el P. Fr. Rodrigo de Sequera, se recogieron los preciosos manuscritos, que estaban diseminados en varios conventos de la provincia, y se mandó á nuestro historiador que los tradujese en castellano, proveyendo de lo necesario para que se trasuntasen de nuevo, ordenándolos en dos columnas por página, la lengua mexicana en una y el romance en la otra.

Hecho esto, y añadida una columna más destinada á la declaración de los

vocablos mexicanos, señalados por sus cifras, quedó dispuesto el libro en dos volúmenes de á folio y fué enviado á Madrid.

Todo conspiraba á hacer creer que allí sería dado á la estampa; pero lo cierto es que desde entonces volvió á caer en su anterior desgracia, y desconocido por más de dos siglos, aunque no del todo olvidado, sólo hasta fines del anterior amaneció de nuevo en el horizonte literario, merced al laudable empeño de Don Juan Bautista Muñoz. Este literario halló el manuscrito en la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, y de la copia que hizo él de propio puño se sacaron dos, una que publicó lord Kingsborough en 1830 en el tomo sexto de su compilación (de que hay un ejemplar en el Museo Nacional de antigüedades), y otra que costeó para sí nuestro compatriota Don Diego García Panes, que fué la que dió á luz un año antes, en México, Don Carlos Maria de Bustamante.

El destino singular de esta obra, á quien ni su mucha importancia pudo librar del olvido y de una celebridad tardía, harán en todo tiempo desmayar á los autores cuyas producciones se encuentren en las mismas circunstancias, cuando su

pluma no obedezca otro móvil que el amor á la gloria contemporánea; mas no á los que aspiran á otra especie de renombre, al que otorga reconocida la posteridad á los ingenios cuyos partos se encaminan al bien del linaje humano. En esta segunda categoría está colocado nuestro historiador. Dedicando sus obras al P. Rodrigo de Sequera, le dice, entre otras cosas: "de manera que el ser y valor que tienen y tendrán, á sólo el que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor." Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun, del mérito impercedero de sus escritos; sentimiento que le mantenía firme en el propósito de darlos á conocer, á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haría de ellos la gente venidera, dado que no lograrse durante sus días, contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazón con un hombre que descansando sólo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiración ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro

tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria y muy descuidados en saberla merecer.

Después de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlaltelolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad, en el convento de San Francisco, en cuyo templo fué sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos también como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varón docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fué provincial y comisario general, dos veces, y habiendo pasado á España á negocios del bien público, según dice Veltancurt, murió en Madrid á primero de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, éste francés, y aquél natural de Burgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mexicana, y autores de varias obras, la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponía por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, es-

pecialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sabios le consultaban para oír su parecer; siendo éste tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la Universidad de México, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó:—¡Focher es muerto, pues todos quedamos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, faltaríamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardián del convento de Santiago, del historiador de México, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los "Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana."

V.

Fray Juan de Torquemada

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razón, negó en su "Menologio franciscano" un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da, se reduce á que fué hijo de la provincia del Santo Evangelio, y su cronista;

que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastián de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla, de los muchos escritos de los más antiguos padres, y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado "Historia eclesiástica indiana," que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista, y de ahí las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicación siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no sólo se contentó con ese desdén, sino que obrando con la mayor injusticia, no ha dudado callar un hecho que fué, sin duda, reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada; queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo éste en la erección de la actual iglesia de Santiago Tlaltelolco: atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo más que sacar de cimientos el edificio, el cual fué levantado hasta cerrarlo con bóvedas, por el autor